

1

Mi ideología es «clase mediera»

Toda vocación política nace y se nutre de un legado personal.

Nací y crecí en una familia normal y corriente, como tantas otras de los años noventa. Era lo que entonces se conocía como una familia trabajadora: nadie en mi casa era universitario ni se dedicaba a oficios intelectuales. Sin embargo, aquella familia humilde, de la mayoría social en España, creía profundamente en una idea que hoy a algunos les sonará antisistema, rebelde, incluso revolucionaria: la cultura del esfuerzo como forma de progreso.

Mis padres creían que si uno se preparaba y trabajaba debía ser capaz de ganarse una vida digna. Pensaban —y siguen pensando, ya casi jubilados— que echarle horas a cualquier tarea era la única mane-

ra de sacar adelante un proyecto vital. De tener una hija, mi hermana, pasaron a traer al mundo a la segunda, una servidora. De vivir en un cuartel de la Guardia Civil pasamos a tener un piso propio de protección oficial. De poseer un viejo coche de segunda mano, muy trotado, logramos comprarnos dos nuevos, aunque normalitos.

El caso es que mis padres no eran ricos, ni *streamers* huidos a Andorra o magnates de la criptomoneda; al contrario: nunca nos faltó lo necesario, pero tampoco nos sobraba. Con el tiempo descubrí que las renuncias también eran parte del proceso de forja del carácter de los humildes, bajo la promesa de obtener un mayor bienestar a largo plazo. La dignidad estaba en ese sentimiento de estar conquistando la propia vida; el premio, en saberse capaz de lograr ciertos sueños.

Nada de eso ocurre ya en España. Fabricamos jóvenes *antisistema* que no se sienten vinculados con el orden actual porque este no les ha permitido existir con dignidad ni autorrealizarse. La precariedad, los salarios míseros y la falta de acceso a la vivienda son la carcoma silenciosa que nos explotará en la cara

más pronto que tarde: se ha condenado a una generación entera a vivir de la buena voluntad de sus padres y, probablemente, de la dependencia del Estado cuando sean mayores. Es una generación con una profunda frustración, una *generación perdida*, para la cual el contrato social ha reventado. Según Eurostat, en 2025 España lideraba el ranking de paro juvenil de 15 a 29 años entre los países de la Unión Europea (UE) con un 18,8 %. Además, en 2024, un joven debía destinar alrededor del 92 % de su salario al alquiler si quería vivir solo, según el Observatorio de Emancipación del Consejo de la Juventud de España. ¿Qué vida digna se puede construir con esos posibles?

Lo alarmante es que no solo hablamos de jóvenes: la clase media cada vez existe menos en España. Asistimos a una absoluta normalización y enmascaramiento de la pobreza, fruto del hundimiento económico que desató la crisis de austeridad de 2010 y cuyas heridas llegan hasta nuestros días. Los jóvenes no son solo el presente, sino los adultos del mañana: a través de sus dramas silenciados podemos ver la foto de nuestro país a futuro, que no podría ser más desesperanzadora.

En consecuencia, los que todavía sostenemos ideales firmes sobre la sociedad que queremos debemos alzar la voz. Mis padres quizá no lo sepan, pero me criaron en la ideología más especial de todas, y es la que defenderé en las páginas que vienen: nací y crecí en la *ideología* de la clase media española.

Claro que esta es una ideología. Garantizar un grueso de ciudadanos que no sean ni muy ricos ni muy pobres fue lo que, no casualmente, consolidó la democracia y el estado del bienestar en Occidente. La clase media es un motor del avance civilizatorio, la medida óptima de todas las cosas. Permite tener aspiraciones, soñar con un mañana mejor, levantarse cada día con un incentivo. Esa esperanza en el futuro es lo que induce a pulsiones moderadas: gente que no quiere reventar el sistema porque lo siente legítimo y es capaz de proyectar en él sus ambiciones.

El drama es que tampoco existe ese aliciente ya para la generación que sube. Buena parte de la inestabilidad política y del auge de pulsiones extremas que padecemos desde la implosión del bipartidismo en 2015 tiene que ver con la quiebra de esos *ideales clase-medieros*. Los jóvenes indignados de las plazas del

15-M de 2011 fueron pioneros al intuir que serían una generación que ya no viviría mejor que sus padres, pero entonces se creyó que lavarle la cara al sistema político serviría para mitigar su enfado.

Nada de eso. Casi quince años después de la irrupción del populismo de izquierdas, sostengo que parte del auge de la ultraderecha en España debe entenderse también como una nueva forma de protesta generacional. Nace del sentimiento de que el modelo de bienestar que sostuvo a los baby boomers (nacidos ente 1958 y 1975) ya no garantiza esas mismas oportunidades a sus hijos. Nuestra economía lleva décadas estancada, en un contexto europeo de pérdida de competitividad frente al mundo. La extensión de esa *nueva* derecha, tanto en su vertiente más extrema como populista, rinde ya cuenta del fracaso de la idea de que las instituciones pudieran reformarse y ofrecer soluciones, una decepción que ya no solo afecta a la juventud, sino que se ha ido extendiendo a más capas sociales.

El problema es que nuestro país ha decidido anclarse en el inmovilismo: se ha apostado por perpetuar un modelo a medida para mantener el *statu quo* y

prosperidad de los boomers, como si su paradigma de crecimiento y progreso aún estuviera vigente. Por eso, los principales partidos huyen de hacer reformas necesarias en materia de vivienda y pensiones, mientras atraen inmigración, sin que este último factor garantice realmente que la situación vaya a ser distinta a futuro si, por ejemplo, no se revierten los bajos salarios y la clase media sigue hundida.

El resultado de todo ello es que se acaba dejando a los jóvenes de lado y se empuja a generaciones enteras que suben hacia un escenario todavía más sombrío. La izquierda institucional ha optado por negar la brecha generacional, mientras el centroderecha calla a conveniencia, dejando ambos en manos de pulsiones antisistema todo ese campo. En este esquema, la polarización ya solo le sirve a la clase política española para obligar a cerrar filas a los ciudadanos en torno a pugnas ideológicas o identitarias, mientras que los dramas sociales de fondo siguen sin ser resueltos.

En definitiva, este libro es un manifiesto: una llamada para que nos pongamos las pilas. El lamento nostálgico lleva demasiado tiempo instalado en nues-

tra sociedad, como opiáceo de quienes no quieren que nada cambie. Es momento de buscar soluciones. Dice un buen amigo que lo más original de esta obra —y lo más preocupante— es que alguien que cree en el sistema, como yo, se haya atrevido a escribirla. Quienes hemos decidido alzar la voz sin tapujos somos, al parecer, los nuevos radicales.

Si nuestros gobernantes asumieran realmente lo que se nos viene encima, estarían ansiosos por promover un nuevo pacto social más justo para las siguientes generaciones. Corremos dos graves riesgos existenciales para nuestra democracia. El primero, que esta no se legitime entre algunos de nuestros chavales, al sentir que no les proporciona la autorrealización esperada. Tal vez crean que esa prosperidad puede venir de la mano de regímenes que coarten sus libertades, pero les prometan cuestiones materiales. El segundo, que muchos jóvenes se desconecten de los cimientos de nuestro estado de bienestar: a diferencia de sus padres, algunos han dejado de entender para qué sirve pagar impuestos, mientras que otros hablan de expropiar al prójimo como algo normal. Cuando no hay anhelo ni horizonte, lo

que queda es el afán destructivo, el nihilismo o el resentimiento.

El resultado de todo ello es que dentro de diez años o más podría ganar las elecciones en España un partido extremo que prometa fulminar el modelo de 1978 como lo hemos conocido, a lomos de ese profundo malestar enquistado. Es decir, que los hijos de los boomers —las generaciones que suben— no tengan remilgos a la hora de liquidar las conquistas que aún disfrutaban sus padres, tanto económicas como políticas, como último baluarte de un modelo de progreso y bienestar que ellos ya no conocieron, y en el que algunos han dejado de creer o cada vez creen menos.

Bienvenido a mi ideología: el irredentismo de creer que debemos fabricar individuos capaces de conquistar su propia libertad, de ser autónomos para decidir su vida y tener las riendas de su destino, aunque para ello haya que transformar las políticas o cuestionar los sólidos cimientos que lo impiden. Solo recuperando ese ideal podemos reconstruir el futuro y la adherencia al sistema. De esa vocación genuina, de ese legado personal, nace *Los hijos de los boomers*.